

Por JUAN PABLO BERTAZZA

Bertha Kinsky,
la mujer del
Premio Nobel



Página 2

Por DAMIÁN TABAROVSKY

Las tardes con
Úrsula de
Nicolás Peyceré



Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 306 | JUEVES 12 DE OCTUBRE DE 2017

Leer a Kazuo Ishiguro

Nació el 8 de noviembre de 1954 en Nagasaki, Japón. Su familia se trasladó al Reino Unido cuando tenía cinco años y desde entonces es ciudadano británico. Escribió siete novelas, todas ellas premiadas, y un tomo de relatos. En 1995 fue nombrado "Oficial de la Orden del Imperio Británico" y en 1998, "Caballero de las Artes y las Letras", por el gobierno francés. Qué leer del nuevo Premio Nobel de Literatura 2017.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El escritor chileno Andrés Montero obtuvo el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska por su libro *Tony ninguno*. Montero (Santiago, 1990) recibirá el galardón durante la Feria del Libro del Zócalo de Ciudad de México, que se desarrollará este mes en la mayor plaza de la capital mexicana, con Chile como invitado de honor. El premio, que está dotado de us\$ 27.000 y fue ganado

el año pasado por el mexicano Emiliano Monge, se otorgará a Montero en su décima edición. Entre las más de 1.400 actividades artísticas, culturales y literarias de la feria se rendirá tributo a tres figuras de la cultura chilena: el escritor Roberto Bolaño (1953-2003), la cantautora Violeta Parra (1917-1967) y el escritor y artista plástico Pedro Lemebel (1952-2015).



Llamadme Bertha



→ JUAN PABLO BERTAZZA

En el origen del Premio Nobel hubo una mujer: Bertha Kinsky (1843-1914), quien no sólo inspiró la creación de esos galardones, sino que fue la primera en obtener el de la Paz. Aquí su historia, su lucha, su literatura y su relación con el ingeniero e inventor Alfred Nobel.

tan intensa como extensa.

Bertha Kinsky empezó a preocuparse por las nefastas consecuencias de las guerras como reacción a la tradición militarista de su propio entorno ya que, sin ir más lejos, su padre fue mariscal de campo y consejero militar del imperio austrohúngaro. Alrededor de los cuarenta años empieza a escribir un libro donde desarrolla todas esas ideas antibélicas en forma de ficción. A pesar de que, en un principio, nadie quería publicar el libro porque no encajaba para nada con el espíritu de época, la novela fue publicada en 1889 con el rotundo título de *Añojo las armas!* Aclamada en forma unánime, se tradujo a doce idiomas en un breve lapso de tiempo. El propio Tolstói la comparó con *La cabana del tío Tom*, en tanto se proponía hacer lo que aquel libro de Harriet Beecher Stowe con respecto al debilitamiento del sistema de esclavitud en Estados Unidos.

Aún hoy *Añojo las armas!* resulta atractiva porque, además de dar cuenta de la época, se presenta como la autobiografía de una mujer vapuleada por la guerra que termina disuadida de la forma más inesperada y también más impactante a los acérrimos defensores de la guerra, entre los que se encuentra su propio padre.

El 7 de enero de 1893, pocos meses después de uno de sus encuentros esporádicos y también algo clandestinos que había tenido lugar, en este caso, en la ciudad de Zúrich, Alfred le envía a Bertha, desde París, una carta que quedará en la historia:

Querida amiga:

Ojalá el nuevo año traiga prosperidad a usted y a la noble campaña que viene llevando con tanta poder contra la ignorancia y la ferocidad humana. Me gustaría poner a disposición parte de mi fortuna para fundar un premio que se otorgue cada cinco años, a seis años y que, si en treinta años no logra cambiar el actual sistema, deberá caer infaliblemente en la barbarie. El premio será otorgado a aquel o aquella que sepa llevar a Europa hacia caminos que conduzcan a la pacificación general. No estoy hablando de desarme, lo cual sólo se podría conseguir dentro de mucho tiempo, tampoco te estoy hablando de un arbitrio obligatorio entre naciones, aunque ese resultado debería conseguirse pronto para que todos los estados se vuelvan, de forma sólida, en contra del primer agresor. Entonces las guerras pasarán a ser imposibles. Y como resultado se hará forzar aun al estado más beligerante a recurrir a un tribunal o incluso permanecer en paz. Si la Triple Alianza

za, en lugar de comprender sólo tres estados incorporará a otros países, la paz de los siglos quedará asegurada.

Está claro que además de crear esos premios como un último intento para mostrarse de la mejor forma posible ante esa mujer casada con Arthur von Suttner que, sin embargo, lo había deslumbrado, Alfred Nobel deseaba que su efímera secretaria, amiga, confidente y más inspiradora recibiera uno de los primeros Premios de la Paz. Eso mismo terminó sucediendo en el año 1905, lo cual la convirtió en la primera mujer en ganar el Nobel de la Paz y la segunda en ganar algún Nobel luego de que premiaran a Marie Curie en 1903.

Bertha Kinsky muere el 21 de junio de 1914 en Viena, justo antes de que comenzara la guerra que ella mismo había profetizado con suma preocupación.

Dicho sea de paso, como consecuencia del estallido de la Primera Guerra Mundial, la ideología general adoptada por la Academia Sueca fue buscar la neutralidad literaria. La consigna era evitar "cualquier toma de posición nacionalista a favor o en contra", siempre y cuando se cumpliera también con la "exigencia de elegir premiados verdaderamente excelentes". De alguna forma, la respuesta del Premio ante la Guerra era, entonces, enfatizar aún más el pedo original de Alfred Nobel de no hacer favoritismos entre las naciones.

Según un documento que en 1914 circuló por la Academia, el jurado del premio literario debía esforzarse por "no alimentar las contradicciones internacionales teniendo también en cuenta que la finalidad del premio, especialmente en el extranjero, aparece vinculada al ideal de paz mundial del fundador". Es interesante porque se da así uno de los más importantes cruces entre los premios de literatura y de la paz; y al mismo tiempo, se le otorga un valor trascendente a la literatura: el valor de inmiscuirse, incluso, en medio del conflicto bélico. Una buena decisión a la hora de otorgar el premio podía resultar, según cuenta el documento, "apaciguador y neutralizador".

Una de las opciones que se barajaron en tal propósito, y que fue rápidamente desechada, era dividir el premio entre dos representantes de cada uno de los bandos en contienda bélica como una forma de limar asperezas y tratar de acercar a los dos bandos.

También se rechazó la candidatura al mismo fin de ese año que correspondió al suizo Carl Spitteler (lo terminaría ganando en 1919) por una serie de declaraciones políticas que no hicieron caer en desgracia. En consecuencia, el 1914 Nobel de literatura de 1914 quedó desierto. Y al año siguiente, luego de que empezara a resonar un poco el nombre de Benito Pérez Galdós, lo terminó ganando el francés Romain Rolland por el "elevado idealismo de su obra y la compasión y la verdad con las que ha dibujado diferentes tipos de personas". Rolland era un escritor muy influido por la filosofía hindú, un pacifista que encajaba a la perfección con la política de neutralidad que perseguía el Premio Nobel de Literatura.

Así como detrás de ese fundacional Nobel de la Paz de 1905 había por detrás un libro, una novela, el Nobel de la Paz de 1905 muchos años los premios Nobel de la Paz y los de Literatura mantuvieron una relación bastante estrecha a tal punto que muchas veces el primero terminaría condicionando, quizás también en nuestros días, al segundo.



A pesar de que sólo se hicieron con tres Premios Nobel durante el año 1876 durante las cuales ella se desempeñó como su secretaria privada en París, y de algunos pocos encuentros esporádicos en distintas ciudades europeas, Bertha Kinsky y Alfred Nobel mantuvieron una relación epistolar

Escritores de habla hispana, de entre 18 y 50 años podrán participar de la segunda edición del "Premio Literario de cuentos" organizado por la Fundación El Libro con el objetivo de promover el libro en la región y la intención de encontrar nuevos talentos literarios. El premio está dedicado a volumen de cuentos y el jurado se encuentra integrado por Ana María Shua, Mempo Giardinelli, Carlos

Garnero, Eduardo Lalo y Jorge Laforgue. El ganador de este certamen literario recibirá \$ 375.000, y su libro será editado, en tanto el segundo premio recibirá \$ 75.000 y el tercero, \$ 50.000. Los autores interesados podrán enviar sus trabajos a la Fundación El Libro (Hipólito Yrigoyen 1628 quinto piso, Ciudad de Buenos Aires), en sobre cerrado y bajo seudónimo, hasta el 31 de octubre.



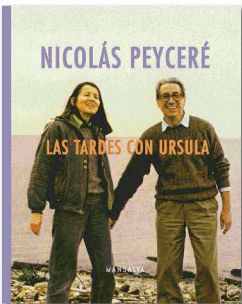
EL LIBRO DE LA SEMANA

→ DAMÁN TABAROVSKY

Las tardes con Úrsula

En la página 39 de *Additamenta* (Último Reino, 1995) de Nicolás Peyceré, se lee: "Cómo es la servidumbre del sentido; hay ajuste debido a lo contingente". Ahora en *Las tardes con Úrsula* (Mansalva, 2017) reincorpora fragmentos de aquel libro, más otros que surgieron de allí, "con nuevas ideas". La nueva, la novedad de *Las tardes...* acontece como profundización, como discurso cada vez más al límite, al extremo, como puesta en escena de la tensión inherente citada más arriba: el sentido es contingente. Contingente significa, tal vez, azaroso, pero nunca arbitrario. La prosa de Peyceré, contaminada, o tal vez, para hablar a una vieja categoría marxo-estructuralista, sobre-determinada de poesía, psicoanálisis, esquizas filosóficas y un dejo teatral, puede leerse ante todo como un discurso. Peyceré es un discurso antes que un relato, una oración—oración como plegaria, pero también como glosas—antes que un cuento, una rogativa antes que una novela. Y es también un vestigio, el vestigio de, quizás, una época maravillosa. ¿Cómo llamarla? ¿Literatura argentina de fines de los '60 y principios de los '70? Es posible. Siempre y cuando recordemos que los '70 también fueron *Grisea* y el naciente Oswald Soriano, fue la trivialidad de Eduardo Galeano y el cancionero insportable, fue el populismo literario: el enemigo de la literatura.

Peyceré tiene claro el enemigo, es decir, el objetivo. Y también tiene claro una herencia de esos años. ¿Cómo nombrar a esa herencia? ¿Psicoanálisis? ¿Quién sabe, tal vez el psicoanálisis sea hoy solapamiento, una huella, la marca de algo que pasó, que, al mismo tiempo, todavía perdura. ¿Un fantasma, entonces? ¿Por qué no?



Se editó un nuevo libro de Nicolás Peyceré (1923), que viene a completar una obra sustentada en la exploración del lenguaje, y que comenzó en los '60 con *Almotamid* y *Sísara* y *Juan* (poesía); siguió con el ensayo *Additamenta* (1995); y alcanzó reconocimiento con las novelas *Las muchachas sudamericanas* (2001) y *Los días sentimentales* (2005).

Fantasma productivo, porque leyendo a Peyceré volvemos a esa época y nos preguntamos, por dar un caso, acerca de los restos de psicoanálisis en Osvaldo Lamborghini. Hoy parece que a Lamborghini ni no le hubiera interesado nunca el psicoanálisis. O no le hubiera interesado nunca Pierre Guyotat. Pues Peyceré viene a decirnos que ese fantasma se entremezcla como discurso, y el discurso se organiza como fragmento.

Porque finalmente, ¿de qué trata *Las tardes con Úrsula*? La respuesta se esconde (o se exhibe) ya desde la primera página: "el uso de la palabra gramática". Peyceré es de esos escritores (pienso en Eduardo Lalo, Jorge Laforgue) que ama es la sintaxis, "las pronunciaciones nuevas", y cuyo método,

siguiendo la cita de Rimbaud que puede resumirse así: "He querido decir lo que eso dice, literalmente y en todos los sentidos".

Las tardes... es un discurso total, un discurso que aspira a la totalidad, y por lo tanto no tiene otro modo que volverse fragmentario, discontinuo, quebrado. La totalidad ya no existe. Existe el vestigio de que alguna vez existió, de que alguna vez existió esa utopía, la utopía previa al romanticismo alemán y por lo tanto a las vanguardias, que hicieron del fragmento su morada. Entonces Peyceré atrapa la totalidad precisamente a través de esos quiebres, de esas rupturas, de esos hitos, que bien funcionan como escenas: la escena de la escritura y la escena de la interpretación. Todos los pasajes de la narración, todos los momentos de *Las tardes con Úrsula* remiten a esas dos escenas, una retroactuando sobre la otra, incluso en conflicto, como la frase de Shoshana Felman: "la cosa literaria" resiste a la interpretación". De vuelta a lo literal (recuerdo ahora una frase de Luis Chitarroni en una conversación con el editor de su *Peripetia del no*: "nunca nos fuimos de *Literaria*").

El corazón de esa tensión —y seguramente el corazón del libro— se encuentra cuando Peyceré se detiene, de un modo casi programático, en los "dos modelos posibles"; el reductor o hermenéutica, y el enriquecedor o heurística". El primero, que remite al término griego interpretar, traducir, o también mediar, "quiere un sentido consensual". De allí la reducción: la literatura se opone al consenso. Ya hermenéutica, "es también una taxonomía". Heurística, en cambio, en la palabra griega significa al decir, descubrir, inventar. O sea que "su forma puede ser una construcción". Peyceré remata: "Freud anuncia una segunda época (...) en la que debe prevalecer una construcción sobre una interpretación". Leída en esa cla-

ve, *Las tardes con Úrsula* es un formidable trabajo de composición, un collage de ficción y ensayo sobre la ficción, una autoconciente textura en pelea contra la fijación del sentido. Sobre eso Peyceré escribe una y otra vez. La hermenéutica reductora es su bestia negra, a la que apunta directamente. Como cuando dice: "Se suele sostener que la hermenéutica es el arte de interpretar escritos para fijar sentido (...). Pero el judaísmo antiguo parecía entender, de un arte para interpretar, en otro modo (...) tenían 'setenta rostros', es decir, que el sentido no tiene límite o terminación; ni aún referidos a un tiempo o suceso. Había muchos resplandores y sombras".

Volvamos por un momento a *Additamenta*: "No habrá apoderamiento de la realidad más que haciéndola posible" (página 16). Podría pensarse ya no solo a *Additamenta*, ya no solo a *Las tardes con Úrsula*, sino a toda su obra como una expansión del campo de lo posible, que en Peyceré bien podría declinarse como el campo de lo legible.

Porque Peyceré —quien haya frecuentado alguno de sus libros lo sabe— hace de lo ilegible su punto de partida (y su punto de llegada: la meta es el origen). El trío de la letra es oscuro, proliferante, a veces vacío (entendiendo vacío como lo que no tiene centro). La interpretación, escribe Peyceré, es inferencia, y no de pruebas, no se halla protegida de la controversia. Lo legible no es crítico sino polémico. Es en ese contexto, en esa contingencia, que debemos leer a Peyceré; y en ese contexto entonces su prosa rota se vuelve cristalina, transparente, diáfana. Como la cija de Barthes que su libro es el establo: "La contingencia es lo que da claridad al sentido".